



IAN  
KERSHAW

---

ASCENSO  
Y CRISIS

---

EUROPA  
1950-2017  
UN CAMINO INCIERTO

IAN KERSHAW

# ASCENSO Y CRISIS

Europa 1950-2017:  
un camino incierto

Traducción castellana de  
Yolanda Fontal

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: junio de 2019

*Ascenso y crisis. Europa, 1950 a 2017: un camino incierto*  
Ian Kershaw

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Roller - Coaster. Europe, 1950 - 2017*

Original English language edition first published by Penguin Books Ltd, London  
© Ian Kershaw, 2018  
The author has asserted his moral rights  
All rights reserved

© de la traducción, Yolanda Fontal, 2019

© Editorial Planeta S. A., 2019  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9199-123-6  
Depósito legal: B. 12016 - 2019  
2019. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# ÍNDICE

<i>Listado de ilustraciones</i> . . . . .	7
<i>Listado de mapas</i> . . . . .	9
<i>Prólogo</i> . . . . .	13
<i>Agradecimientos</i> . . . . .	19
<i>Prefacio: Dos períodos de inseguridad en Europa</i> . . . . .	21
1. Una división tensa . . . . .	27
2. La formación de Europa occidental . . . . .	63
3. El sargento . . . . .	111
4. Buenos tiempos . . . . .	157
5. La cultura después de la catástrofe . . . . .	197
6. Desafíos . . . . .	243
7. El giro. . . . .	289
8. Vientos de cambio del este. . . . .	341
9. El poder popular . . . . .	383
10. Nuevos comienzos . . . . .	427
11. Exposición global. . . . .	471
12. Los años de la crisis . . . . .	517
<i>Epílogo: Una nueva era de inseguridad</i> . . . . .	567
<i>Bibliografía</i> . . . . .	589
<i>Índice analítico</i> . . . . .	611

## Capítulo 1

# UNA DIVISIÓN TENSA

... es más verosímil que ponga fin a las guerras a gran escala a costa de prolongar indefinidamente una «paz que no es paz».

George Orwell sobre la bomba atómica, 1945

En 1950, cuando las secuelas inmediatas de la segunda guerra mundial habían remitido, surgió una nueva Europa ideológica, política y socioeconómicamente dividida en dos. Se iniciaba una época completamente diferente de la historia del continente, un período de inseguridad sin precedentes, una era intrínsecamente marcada por la división que la guerra había dejado como principal legado y por la aterradora amenaza de la aniquilación nuclear.

Durante más de cuatro décadas la guerra fría dividiría Europa en dos mitades. Sin embargo, aunque en gran medida evolucionaron por separado, ambas partes tenían una característica esencial en común: la primacía del poder militar. Este poder militar, el rasgo dominante en Europa durante la posguerra a ambos lados del Telón de Acero, lo controlaban por entonces solo dos países: Estados Unidos y la Unión Soviética. A ambos les preocupaba la seguridad y ambos estaban decididos a impedir que el enemigo dominara Europa. La novedad en su tensa relación era que, en último término, se basaba en un armamento con una capacidad destructora tan temible, que ningún bando se atrevía a usarlo. En tan solo unos años, la capacidad de destrucción pasó a ser total. Tanto Estados Unidos como la Unión Soviética, el primero ya una superpotencia y el otro a punto de convertirse en una, ya en 1949 habían fabricado bombas atómicas. Cuatro años más tarde, Estados Unidos y la Unión Soviética disponían de bombas de hidrógeno, muchísimo más potentes, y no tardarían en poseer arsenales nucleares con capacidad para destruir varias veces toda la vida civilizada en el planeta.

La guerra fría alcanzó su máxima intensidad y peligrosidad entre los años 1950 y 1962. Durante gran parte de este período Europa fue el centro de la guerra fría, aunque, en una era nuclear, una confrontación entre las superpotencias en cualquier lugar del mundo podría haber tenido repercusiones gravísimas en el continente europeo.

#### EL CALOR DE LA GUERRA FRÍA

El incipiente conflicto entre Estados Unidos y la Unión Soviética en los años inmediatamente posteriores a la guerra se había convertido en una amenaza en varias ocasiones, pero en todas ellas se había evitado el desastre. Sin embargo, apenas iniciada la nueva década, una peligrosa crisis amenazó con acarrear graves consecuencias. El hecho de que la crisis estallara en relación con la lejana Corea fue el indicador más claro de que Europa no podía evitar formar parte de un conflicto global entre las superpotencias. Mientras que antes de 1945 Estados Unidos se había visto envuelto a su pesar en los asuntos europeos al combatir en dos guerras mundiales, Europa occidental se convirtió básicamente en un apéndice, aunque importante, de la política exterior estadounidense. Entretanto, el bloque oriental (salvo Yugoslavia, que después de la guerra había reafirmado con éxito su independencia de Moscú) se mostraba aún más dispuesto a respaldar a la URSS en su enfrentamiento mundial con Estados Unidos.

Japón se había anexionado Corea en 1910 y la gobernó hasta el final de la segunda guerra mundial. La península de Corea fue entonces dividida más o menos en dos partes y se estableció una línea de demarcación en el paralelo 38 en virtud de un acuerdo entre los estadounidenses y los soviéticos para repartirse la administración temporal del país. A la altura de 1948, las expectativas de una Corea reunificada se habían desvanecido. La división se tradujo en una república comunista en el norte, en realidad un satélite soviético y considerado por Moscú como parte de la esfera de influencia soviética, y una república vehementemente anticomunista en el sur, dominada por los intereses estadounidenses. Sin embargo, la victoria del comunismo en China en septiembre de 1949, tras más de dos decenios de cruenta guerra civil con los nacionalistas de Chiang Kai-shek (que entre 1937 y 1945 se había desarrollado en paralelo con la sangrienta guerra contra los invasores japoneses), había dejado a la península coreana expuesta. El sur seguía siendo un enclave no comunista en una vasta región bajo control comunista. Cuando el 25 de junio de 1950 los norcoreanos cruzaron la línea de demarcación y atacaron el sur del país dividido, el enfrentamiento entre las superpotencias escaló peligro-

samente. Estados Unidos, resuelto a contener el poder soviético y sumamente alérgico a la posibilidad de una ulterior expansión del comunismo en el sureste asiático así como en Europa, no podía afrontar la pérdida de Corea del Sur y la evidente amenaza a la que se enfrentaría Japón.

Los estadounidenses supusieron acertadamente que los norcoreanos no habrían atacado de no contar con la autorización de Stalin. En realidad, el dictador soviético había dado luz verde unas semanas antes, aunque no estaba dispuesto a enviar fuerzas de combate y confiaba en que los chinos prestarían ayuda militar en caso de ser necesario. Los dirigentes estadounidenses creían que debían frenar de inmediato la expansión comunista si se quería impedir un efecto dominó. El presidente Harry Truman sostuvo que si no se detenía la caída de Corea, los soviéticos «se tragarían una parte de Asia tras otra». Y «si dejamos que Asia caiga, Oriente Próximo se derrumbará y quién sabe qué sucederá en Europa». No sería la última vez que en la Europa de la posguerra se mencionaba la fracasada política de apaciguamiento de los años treinta como motivo para la acción militar. Los apaciguadores no habían conseguido detener a Hitler. Si no se frenaba en seco el avance comunista, se desencadenaría una tercera guerra mundial.

Estados Unidos obtuvo el respaldo de la Organización de las Naciones Unidas, fundada en octubre de 1945, para utilizar la fuerza con el propósito de defender a un país miembro amenazado. Era la primera vez que sucedía y se debió a un error de los soviéticos. Tanto Stalin como los dirigentes estadounidenses se mostraron satisfechos cuando, en la conferencia de Yalta de febrero de 1945, se acordó crear la Organización de las Naciones Unidas, en la que tendrían derecho a veto en cualquier votación del futuro Consejo de Seguridad, entre cuyos cinco miembros permanentes también figurarían Gran Bretaña, Francia y China. Se pensó que, con un Consejo de Seguridad controlado por las grandes potencias, la ONU sería mucho más eficaz de lo que había sido la Sociedad de Naciones. La falacia de dicha presunción se pondría de manifiesto en reiteradas ocasiones durante la guerra fría, cuando el uso del veto por una u otra superpotencia derivó casi siempre en un estancamiento en el Consejo de Seguridad. La excepción se produjo en 1950, cuando un boicót temporal soviético del Consejo de Seguridad en protesta por la negativa a conceder un puesto en el mismo a la China comunista permitió la aprobación de la ayuda necesaria para repeler la invasión de Corea del Sur, con el objetivo de restablecer la paz y la seguridad. Stalin no tardó en advertir su error y los soviéticos volvieron a ocupar su puesto en el Consejo de Seguridad. Sin embargo, ya era demasiado tarde para detener el envío de una fuerza del Mando de las Naciones Unidas, dominada por Estados Unidos, para apoyar al ejército surcoreano. Al terminar la guerra, el Man-

do de las Naciones Unidas, que había incorporado a los surcoreanos, contaba con unos 933.000 soldados. La inmensa mayoría de ellos eran surcoreanos (591.000) y estadounidenses (302.000). Varios países europeos (Gran Bretaña y, con contingentes mucho menores, Francia, Bélgica, Grecia y los Países Bajos, junto con una mínima aportación de Luxemburgo), también enviaron tropas de combate.

Los estadounidenses tomaron la iniciativa, expulsaron a los norcoreanos del sur y a continuación traspasaron la línea de demarcación y siguieron avanzando hacia el norte. Stalin, temeroso de un estallido de hostilidades abiertas con Estados Unidos, desoyó las peticiones de Corea del Norte para que la Unión Soviética interviniera. Aun así, el dirigente chino Mao Zedong no estaba dispuesto a ver caer a toda Corea bajo control estadounidense, lo que podría abrir la puerta para un ataque en el futuro contra la propia China (cuyas relaciones con la Unión Soviética ya eran muy poco armoniosas). En el otoño de 1950, Mao envió un contingente considerable, que llegó a contar con unos 300.000 soldados, y obligó al VIII Ejército estadounidense a emprender una retirada desesperada. Fue el primer indicio de que Occidente tendría que reconocer a China como una gran potencia militar. Al cabo de dos meses, toda Corea del Norte volvía a estar bajo control comunista y había caído la capital surcoreana, Seúl. Washington, alarmado, consideró la posibilidad de arrojar una bomba atómica.

La superioridad en bombas atómicas operativas de Estados Unidos con respecto a la Unión Soviética seguía siendo formidable, según algunos cálculos, 74 a 1. Pero ¿cuáles serían exactamente los objetivos? En una guerra que se libraba sobre todo en las zonas rurales de Corea, no estaban claros. Y había que contemplar la posibilidad de que, a modo de represalia, se iniciara una enorme escalada de una guerra que era regional, hasta derivar en una invasión soviética de Europa occidental o incluso en el lanzamiento de bombas atómicas sobre ciudades europeas. Hacia finales de 1950, la posibilidad de que el conflicto se agravara y desembocara en una tercera guerra mundial era muy real. La cúpula militar estadounidense había elaborado un listado de ciudades rusas y chinas señaladas como objetivos y consideró dar un ultimátum a China para que se retirara al otro lado del río Yalu. En caso necesario, se recurriría al «uso inmediato de la bomba atómica».

El buen juicio se acabó imponiendo y, en la primavera de 1951, momento en el que tras un enorme derramamiento de sangre se había bloqueado la ofensiva china, los estadounidenses habían recuperado la iniciativa y las tropas del Mando de la ONU habían obligado al ejército comunista a replegarse. Durante los dos años siguientes ambos bandos permanecieron inmersos en una espantosa guerra de desgaste. Con el armisticio firmado en julio de 1953,

la guerra de Corea terminó de un modo similar a como había empezado, con cada bando detrás de la línea de demarcación en el paralelo 38. La cruel guerra de tres años se había saldado con cerca de tres millones de muertos y heridos, en su inmensa mayoría coreanos de ambos lados de la línea divisoria. Las bajas estadounidenses ascendieron a casi 170.000, con más de 50.000 muertos, y las de los contingentes europeos a más de 8.000, principalmente británicos.

La guerra de Corea, aunque lejana y con escasa participación europea, tuvo consecuencias significativas para Europa debido al drástico aumento del gasto de defensa estadounidense. Antes de la guerra de Corea, el primer ensayo de una bomba atómica soviética en agosto de 1949, en el polígono de pruebas de Semipalátinsk, en el actual Kazajistán, ya había provocado que los estadounidenses se centraran en la necesidad de intensificar el desarrollo de su tecnología nuclear para mantenerse por delante de los soviéticos. El presidente Truman no solo había encargado acelerar la producción de bombas atómicas, sino también, el 31 de enero de 1950, la construcción de una «superbomba». Ya estaba previsto aumentar el gasto militar cuando el estallido de la guerra de Corea hizo que este se disparara. En un año, el presupuesto estadounidense de Defensa se multiplicó por más de cuatro. En 1952, el gasto militar ya equivalía prácticamente a una quinta parte del producto interior bruto estadounidense, frente a menos de la vigésima parte solo tres años antes. El 1 de noviembre de ese mismo año, los estadounidenses realizaron por primera vez un ensayo de su «superbomba», una bomba de hidrógeno que «borró todo el horizonte» y destruyó por completo la isla del Pacífico (el atolón de Eniwetok) en la que se produjo la explosión. Solo nueve meses más tarde, el 12 de agosto de 1953, los soviéticos siguieron sus pasos con un ensayo en un desierto de Asia central. Más tarde, Winston Churchill habló acertadamente del «nuevo terror» que implicaba la «igualdad en la aniquilación».

No es de sorprender que Estados Unidos se viera obligado a revisar no solo sus gastos, sino también sus compromisos en el exterior en función de una política de contención global de una amenaza soviética que se percibía como un peligro cada vez mayor. Obviamente, esto afectó a Europa. Los estadounidenses concebían cada vez más la ayuda a Europa en términos militares. El Plan Marshall, creado en 1947 para estimular la recuperación económica en Europa tras la guerra mediante la concesión de unos trece millones de dólares durante cuatro años, estaba tocando a su fin. Aun así, a finales de 1951 la ayuda militar estadounidense a Europa ya ascendía a casi 5.000 millones de dólares. En 1952, cuando se incrementó la acumulación de armas a causa de la guerra de Corea, hasta el 80% de la ayuda estadounidense a Europa occidental se destinaba a fines militares en lugar de a la reconstrucción civil.

En abril de 1949 se fundó la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) como un pacto que inicialmente obligaba a doce países (Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña, Francia, Italia, Dinamarca, Noruega, los Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo, Portugal e Islandia; en 1952 se amplió para incorporar a Grecia y Turquía) a defender Europa occidental. Nos obstante, los estadounidenses tuvieron claro desde un principio que la dotación armada de la OTAN era insuficiente y consideraban que los países europeos debían contribuir más para sufragar sus propios gastos de defensa; que Estados Unidos, que empezaba a verse a sí mismo como la policía del mundo, no podía seguir soportando la carga enormemente desproporcionada de la defensa europea. En consecuencia, todos los miembros europeos de la OTAN incrementaron sus gastos de defensa. Alemania Occidental, que tenía prohibido fabricar armas pero producía cada vez más maquinaria, herramientas y vehículos militares, se benefició enormemente de la demanda de acero, cuya producción aumentó más de un 60% entre 1949 y 1953, impulsando su floreciente «milagro económico». El gasto debía traducirse en fortaleza militar. Así pues, en una cumbre de la OTAN celebrada en Lisboa en 1952, los miembros decidieron dotarse de al menos noventa y seis divisiones en un plazo de dos años.

Sin embargo, el tema tabú no podía ignorarse durante mucho más tiempo. El fortalecimiento de la OTAN no progresaría significativamente sin el rearme de Alemania Occidental. Cuando había transcurrido tan poco tiempo desde que fuera necesaria una poderosa alianza para destruir el poder militar de Alemania, la perspectiva de un resurgimiento del militarismo alemán resultaba, lógicamente, muy poco atractiva para sus vecinos europeos (al tiempo que, como es comprensible, aterraba a los soviéticos). Estados Unidos ya había planteado la cuestión del rearme de Alemania Occidental en 1950, poco después del estallido de la guerra de Corea. Siguió presionando y los miembros de Europa occidental de la OTAN tuvieron que reconocer que el razonamiento tenía su lógica. ¿Por qué debían seguir pagando los estadounidenses la mayor parte de la factura de la defensa de Europa cuando los propios europeos estaban dispuestos a hacer muy poco? Desde el punto de vista europeo, siempre existía el temor de que Estados Unidos pudiera incluso retirarse de Europa, como había hecho después de 1918 y como se había previsto inicialmente tras el final de la segunda guerra mundial. Y también era necesario asegurarse de que Alemania Occidental siguiera vinculada a la alianza occidental, algo que Stalin estaba dispuesto a poner a prueba con una oferta en 1952, que fue rechazada de plano por los dirigentes occidentales y que, a ojos de los alemanes, ofrecía el incentivo de una Alemania unificada y neutral. La iniciativa de Stalin fue interpretada en Occidente como un intento de

presionar a los estadounidenses para que abandonaran Europa. También era evidente que pretendía evitar una mayor integración de la República Federal en la alianza occidental (que estaba deseando lograr el gobierno de Alemania Occidental con el canciller Konrad Adenauer al frente). Para entonces, todo ello estaba estrechamente relacionado con la cuestión de unas fuerza armadas de Alemania Occidental.

Quizá resulte sorprendente que fuera Francia quien, ya en 1950, formulara una propuesta que parecía ofrecer un posible avance en el dilema de cómo convertir Alemania Occidental en una potencia militar sin contrariar a los países europeos que se oponían rotundamente a esta medida. La propuesta francesa, presentada en octubre de 1950 por el primer ministro René Plevén, tenía por objeto evitar la adhesión de Alemania Occidental a la OTAN, una iniciativa que contaba con el apoyo de Estados Unidos, creando una organización de defensa europea que incorporara pero controlara la participación alemana. Contemplaba un ejército europeo con un componente de Alemania Occidental bajo mando europeo, no alemán (lo que aseguraba, en la práctica, la supervisión de Francia). Esta propuesta fue la base de lo que en mayo de 1952 se materializó en un tratado para establecer la Comunidad Europea de Defensa (CED).

El nombre inducía a error. La CED prevista ni siquiera incluía a todos los países de Europa occidental. Desde un principio topó con un problema fundamental que entorpecería todos los avances hacia la integración europea durante los decenios posteriores: cómo crear organizaciones supranacionales preservando al mismo tiempo la soberanía nacional de los miembros individuales. El Plan Schuman de 1950 (que tomaba su nombre del ministro de Asuntos Exteriores francés, Robert Schuman) había servido de base para la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, creada al año siguiente, que se convirtió en el embrión del Mercado Común y posteriormente de la Comunidad Económica Europea. Sus miembros eran Francia, Alemania Occidental, Italia, los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo; Gran Bretaña prefirió mantenerse al margen. La CED se basó en un modelo similar, con los mismos miembros. Gran Bretaña, que junto con Francia poseía las mayores fuerzas armadas de Europa, acogió favorablemente la idea de la CED y se comprometió a mantener una cooperación estrecha en su calidad de miembro de la OTAN, pero no formó parte de la misma: no estaba dispuesta a destinar tropas indefinidamente a la defensa de Europa ni a participar en un proyecto cuyo objetivo, según manifestó el secretario británico de Exteriores Anthony Eden en 1952, era «allanar el camino a una federación europea». No podía considerar siquiera la disminución de la soberanía nacional que habría entrañado la pertenencia a una CED supranacional. Los miembros escandinavos

de la OTAN adoptaron una postura similar. Por tanto, la CED se circunscribió, como se había previsto inicialmente, a los países que estaban empezando a converger en la política económica. No obstante, el tratado debía ser ratificado, y fracasó precisamente en el país que lo había propuesto en primer lugar, Francia. También en este caso la cuestión de la soberanía nacional fue decisiva. Cuando el 30 de agosto de 1954 se propuso ante la Asamblea Nacional francesa la ratificación de la CED fue rotundamente rechazada: la CED estaba muerta.

Aun así, el rearme alemán no lo estaba. Adenauer lamentó profundamente la defunción de la CED, a la que había considerado un paso importante hacia la integración de Europa occidental. Al principio pensó que la votación en la Asamblea Nacional francesa desbarataba sus esperanzas de recuperar la soberanía alemana, pero con su fracaso se abrió la perspectiva de lo que Adenauer (así como los británicos y los estadounidenses) había querido desde el principio: la militarización de Alemania Occidental como miembro de pleno derecho de la OTAN y el reconocimiento de su país como un estado soberano. Era el momento propicio para dar ese paso: Stalin había muerto en marzo de 1953 y la guerra de Corea había terminado. Alemania Occidental estaba firmemente comprometida con la alianza occidental, y las persistentes ideas de una Alemania Occidental neutral y reunificada (que la oposición socialdemócrata, con el apoyo de buena parte de la opinión pública alemana, había seguido contemplando) quedaron prácticamente desterradas. En las conferencias de Londres y después de París, en septiembre y octubre de 1954, los miembros de la OTAN acordaron poner fin a la ocupación de Alemania (aunque las fuerzas aliadas permanecerían en virtud de lo acordado con Alemania), aceptar a Alemania Occidental como un estado soberano e incorporar a la República Federal a la OTAN. El 5 de mayo de 1955 Alemania Occidental consiguió la soberanía estatal. Cuatro días más tarde, ingresó oficialmente en la OTAN. Se permitió que la República Federal tuviera un ejército (que no podía contar con más de medio millón de hombres), una fuerza aérea y una armada, aunque quedaba totalmente prohibida la posesión de armas nucleares.

Los soviéticos consideraban muy preocupantes los acontecimientos que tenían lugar en Occidente. Estados Unidos era el único país que había utilizado bombas atómicas en una guerra. Había sido el primero en desarrollar la bomba de hidrógeno, había intervenido militarmente en Corea y llevaba la delantera en la carrera armamentista en curso. Y había consolidado en Europa occidental una alianza antisoviética que incluía a una Alemania Occidental rearmada. La Unión Soviética había hecho todo lo posible por impedir que esto sucediera. La URSS, alarmada ante la posibilidad de un nuevo «militarismo alemán», en un vano intento de menoscabar o dividir la decisión de

la alianza había incluso sugerido en 1954 a las potencias occidentales su disposición a ingresar en la OTAN, una propuesta que Occidente no tardó en rechazar.

Puesto que, como era previsible, las propuestas soviéticas cayeron en saco roto, y en vista de la percepción de que la OTAN era una alianza agresiva orientada contra la URSS y dominada por halcones de la administración estadounidense, no es de extrañar que el ingreso de Alemania Occidental en la OTAN solo tardara diez días en obtener respuesta: el 14 de mayo de 1955 se formaba el pacto de Varsovia. Este agrupaba a Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía, Bulgaria, Albania y la República Democrática Alemana (RDA) y la Unión Soviética en una alianza militar. Al mismo tiempo, la URSS adoptó medidas para mejorar sus relaciones con países europeos «indecisos» y estratégicamente importantes, en particular Yugoslavia y Austria, con el propósito de evitar que se vieran arrastrados hacia la alianza occidental. El cisma con Yugoslavia, total desde la ruptura de Tito con Stalin en 1948, tocó a su fin, al menos oficialmente, en Belgrado el 2 de junio de 1955 con una declaración de respeto mutuo por la independencia y la integridad territorial y un compromiso de no interferir en los asuntos internos. Ya el 15 de mayo, al día siguiente de constituirse el pacto de Varsovia, la firma por las cuatro potencias de la guerra (Estados Unidos, la URSS, Gran Bretaña y Francia) del tratado de estado de Austria (que entraría en vigor el 27 de julio) puso fin a la ocupación de Austria y estableció el país como un estado soberano independiente. La Unión Soviética se había mostrado dispuesta a hacer posible este paso en cuanto Austria se comprometió a prohibir la presencia de bases militares en su territorio y a no ingresar en ninguna alianza. La neutralidad de Austria se anunció oficialmente el 26 de octubre de 1955, el día después de que las potencias ocupantes abandonaran el país. Y el cierre de una base naval soviética cerca de Helsinki el mes anterior confirmaba la voluntad de permitir a Finlandia establecer más firmemente su neutralidad, de ser de veras independiente de su gigantesco vecino soviético, pero sin aliarse con la OTAN.

El establecimiento en Europa de alianzas militares enfrentadas entre sí a ambos lados del Telón de Acero, presidida cada una por una superpotencia en posesión de armamento con una fuerza destructiva inimaginable, dio paso a un breve momento en el que la escarcha que se estaba formando en la guerra fría, si bien no empezó a derretirse, al menos no se congeló. Parecía que tanto las autoridades soviéticas como las estadounidenses estaban dispuestas a rebajar la tensión. El 18 de julio de 1955, los jefes de Gobierno de Estados Unidos, la URSS, Gran Bretaña y Francia se reunieron en Ginebra. Era la primera vez en diez años que lo hacían; la última vez había sido en la confe-

rencia de Potsdam, inmediatamente después de concluir la segunda guerra mundial en Europa. La cumbre (como se empezó a llamar a estas reuniones) abordó diversos temas, sobre todo cuestiones que afectaban a la seguridad. Parecía ofrecer un atisbo de esperanza de conseguir algo parecido a la base para una coexistencia pacífica. Al menos los dirigentes de las superpotencias estaban dispuestos a sentarse y conversar. La conferencia era una última esperanza a la que aferrarse. Sin embargo, no llegó a materializarse nada que mereciera la pena. El presidente Eisenhower propuso una política de «cielos abiertos», concebida para permitir a Estados Unidos y la Unión Soviética realizar reconocimientos aéreos de sus respectivos territorios. Los soviéticos, precavidos a la hora de permitir a los estadounidenses obtener información sobre sus instalaciones nucleares y el posible reconocimiento de las limitaciones de su capacidad en los bombardeos de largo alcance, se apresuraron a rechazar la propuesta. (A Estados Unidos no le preocupó en exceso, pues no mucho tiempo después los nuevos aviones espías U-2 sobrevolaban la Unión Soviética, hasta que en mayo de 1960 uno de ellos fue derribado y su piloto, Gary Powers, capturado, lo que desencadenó un conflicto internacional.) El «espíritu de Ginebra» no tardó en desvanecerse. Al cabo de un año, la guerra fría se había reafirmado. A principios de noviembre la brutal represión del levantamiento húngaro contra el régimen soviético coincidió con la culminación de la crisis de Suez (que incluía la amenaza del dirigente soviético Nikita Jruschov de usar «misiles contra Gran Bretaña y Francia») y trajo una renovada y terrible tensión a las relaciones internacionales.

Para entonces, la carrera armamentista nuclear había adquirido unas proporciones realmente abrumadoras aun cuando la mayor parte de la población a ambos lados del Telón de Acero no tuvieran una mínima noción de la magnitud de ese arsenal. Gran Bretaña había decidido ya en 1947 que debía fabricar su propia bomba atómica (que consideraba que garantizaba un lugar en la «mesa principal» de la diplomacia internacional). El primer ministro laborista Clement Attlee había abogado con firmeza por esta medida ya en agosto de 1945, inmediatamente después del lanzamiento por los estadounidenses de las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki. Su ministro de Exteriores, Ernest Bevin, un miembro destacado del gobierno laborista después de la guerra, había argumentado al año siguiente sin ambages a favor de una bomba británica cuando otros, incluido el propio Attlee, dudaban: «Debemos tenerla. Debemos poner la maldita Union Jack encima de ella» cueste lo que cueste, declaró Bevin. Gran Bretaña se convirtió en la tercera potencia nuclear en octubre de 1952, cuando realizó su primer ensayo en las islas Montebello, cerca de la costa occidental de Australia. Dos años después de esta prueba, el gobierno británico decidió fabricar una bomba de hidrógeno. En 1957,

se incorporó una bomba británica al creciente arsenal termonuclear. Winston Churchill, el sucesor de Attlee como primer ministro, había sostenido que era «el precio a pagar por sentarse en la mesa principal» de los líderes mundiales. Francia, como Gran Bretaña, consideraba que la posesión de una bomba atómica (después de hidrógeno) era un signo indispensable del estatus de gran potencia. Sería el próximo miembro del «club nuclear» cuando en febrero de 1960 realizó un ensayo de su primera bomba atómica cerca de Reggane, en el desierto del Sáhara argelino, y fabricó después un arma termonuclear en 1968. Estos pasos significaban una preocupante proliferación de armas nucleares, aunque seguía estando restringida a las potencias vencedoras en la segunda guerra mundial. No obstante, el acontecimiento crucial fue la competencia entre las dos superpotencias para dotarse de una capacidad de destrucción cada vez mayor.

En marzo de 1954, los estadounidenses detonaron en el atolón Bikini de las islas Marshall una bomba de hidrógeno 750 veces más potente que la bomba atómica que había devastado Hiroshima. La lluvia radiactiva ocasionada por la explosión provocó muertes debidas a la exposición a la radiación a más de ciento veinte kilómetros de distancia. Los soviéticos, para no ser menos, detonaron una bomba aún mayor en el mes de septiembre cerca de la aldea de Tótskoye, en la óblast de Oremburgo (al sur de los Urales), y al año siguiente su primera bomba de hidrógeno aérea, cien veces más potente que la anterior. Estados Unidos trabajaba por entonces en la fabricación de armas nucleares «tácticas» más pequeñas que se pudieran instalar en la ojiva de un misil, y a partir del otoño de 1953 empezaron a crear lo que se convertiría en un importante arsenal de armas nucleares tácticas en Europa. No tardó en presentarse a los oficiales en prácticas en Estados Unidos escenarios de Europa como un campo de batalla arrasado por la guerra nuclear. John Foster Dulles, el militarista secretario de Estado norteamericano (que concebía la política en nuevos términos, ya no de «contención» del comunismo soviético, sino de «hacerlo retroceder»), dijo al año siguiente a los mandatarios de la OTAN que las armas atómicas debían considerarse una parte convencional de la capacidad defensiva de la alianza occidental. Una guerra nuclear limitada, en la que el campo de batalla fuera Europa, parecía una posibilidad real. Estados Unidos consideró la idea de un ataque rápido y demoledor contra la Unión Soviética. En una reunión informativa que mantuvieron los representantes de los servicios militares estadounidenses en marzo de 1954, el general Curtis LeMay, jefe del Mando Aéreo Estratégico (quien hacia el final de la segunda guerra mundial había dirigido la campaña de bombardeos de ciudades japonesas), expuso sus planes para un ataque aéreo a gran escala y previó que «prácticamente toda Rusia no sería más que ruinas humeantes

y radiactivas al cabo de dos horas». LeMay estaba «firmemente convencido de que bastarían treinta días para que concluyera la tercera guerra mundial».

La escalada del arsenal nuclear fue impresionante. En 1950, el ejército estadounidense tenía en su poder 298 bombas atómicas; en 1962, contaba con al menos 27.100 armas nucleares y más de 2.500 bombarderos capaces de perpetrar ataques de largo alcance. Los soviéticos disponían de algunos bombarderos de largo alcance que les ponían en condiciones de alcanzar objetivos estadounidenses, pero iban a la zaga de Estados Unidos en cuanto a número y capacidades. Sin embargo, en 1957 la Unión Soviética causó de nuevo inquietud al lograr un doble éxito en la carrera armamentista. En agosto lanzó un misil balístico intercontinental, el primero de la historia. Aún más espectacular fue el lanzamiento, en la madrugada del 5 de octubre (hora de Moscú), usando el misil, del primer satélite espacial, al que llamó *Sputnik*, que significa «compañero de viaje». Aunque la mayoría de los europeos celebraron lo que consideraban un logro extraordinario, el primer paso hacia la exploración del espacio, los científicos y los políticos estadounidenses no tardaron en comprender lo que significaba el *Sputnik*. La Unión Soviética podía no tardar mucho en estar en condiciones de lanzar un ataque nuclear contra Estados Unidos desde el espacio. Un informe estadounidense señalaba una alarmante inferioridad frente a la tecnología soviética y pedía un gran incremento del arsenal de misiles estadounidenses, para lo que, por supuesto, era necesario aumentar sustancialmente la financiación. En 1959, el gasto militar representaba la mitad del presupuesto federal de Estados Unidos. Los estadounidenses ya habían seguido a los soviéticos al espacio un año antes cuando lanzaron el Explorer y (tras un fracaso embarazoso) los cohetes Vanguard para poner en órbita sus propios satélites. Ese mismo año, en el mes de julio, se fundó la Administración Nacional de la Aeronáutica y del Espacio (NASA, por sus siglas en inglés) para llevar a cabo la exploración científica del espacio exterior, si bien (a tenor de la relevancia militar del programa en rápida expansión) parte de la financiación procedía del Pentágono (el cuartel general del ejército de Estados Unidos) y estaba destinada a la investigación de misiles. En realidad, aunque los dirigentes políticos y los mandos militares estadounidenses seguían estando casi paranoicos por la «brecha de los misiles» con la Unión Soviética, convencidos de que iban rezagados, cuando en noviembre de 1960 John F. Kennedy fue elegido presidente de Estados Unidos la cantidad de armas nucleares utilizables que poseían los estadounidenses era unas diecisiete veces superior a la de los soviéticos.

No obstante, para entonces ya no tenía mucho sentido discernir cuál de las superpotencias poseía el mayor arsenal nuclear. A principios de los años sesenta, la carrera armamentista nuclear ya hacía mucho tiempo que había

alcanzado el punto de Destrucción Mutua Asegurada (MAD)\*, como se la denominó acertadamente. Los misiles balísticos intercontinentales eran capaces de soltar su devastadora carga en cuestión de minutos. Se armó a flotas de bombarderos y submarinos con armas nucleares, listos para lanzarlas en cuanto recibieran la orden. El mundo tenía que vivir con la posibilidad de que una crisis pudiera escalar hasta el punto en que se apretara el botón; o de que accidentalmente una bomba atómica provocara una catástrofe (como estuvo a punto de ocurrir en Anglia Oriental cuando en 1957 un bombardero estadounidense se estrelló contra un depósito en el que había tres bombas atómicas). El 30 de octubre de 1961 se pudo apreciar una muestra de la devastación casi inimaginable que causaría una guerra nuclear cuando los soviéticos detonaron la que se convertiría en la mayor y más potente bomba de la guerra fría al norte del Círculo Polar Ártico, sobre el archipiélago de Nueva Zembla, en el océano Ártico. El hongo atómico alcanzó una altura de 65 kilómetros en la estratosfera. El destello de la explosión fue visible a casi mil kilómetros de distancia. Se dijo que la insólita capacidad de destrucción de aquel monstruo de 50 kilotones fue 1.400 veces más potente que toda la fuerza conjunta de las bombas atómicas arrojadas en Hiroshima y Nagasaki y mucho mayor que todos los explosivos usados por todos los contendientes durante la segunda guerra mundial.

Durante los tres años precedentes, la tensión entre las superpotencias había tenido que ver, una vez más, con la cuestión de Berlín. Ya se había producido una grave crisis por Berlín en 1948, cuando Stalin intentó obligar a los aliados occidentales a abandonar la ciudad. Berlín, aunque ocupada por cuatro potencias, estaba situada unos ciento sesenta kilómetros dentro de la zona controlada por los soviéticos. El dictador soviético acabó por claudicar en la primavera de 1949, después de que los aliados occidentales pusieran en marcha el «puente aéreo de Berlín», que duró casi un año, para superar el bloqueo que este había impuesto. En 1958, el sucesor de Stalin, Jruschov, consideró llegado el momento de volver a presionar a los aliados occidentales sobre Berlín. Fue una respuesta a los planes estadounidenses, alentados por el gobierno de Alemania Occidental, de estacionar armas nucleares de alcance intermedio en ese país, lo que a su vez fue una reacción al lanzamiento soviético de satélites espaciales y a los alardes de Jruschov acerca de la capacidad nuclear soviética.

Desde la muerte en 1953 de Stalin, Nikita Jruschov se había ido abriendo paso en una lucha de poder en el Kremlin que había durado más de dos años

\* Las siglas de Mutually Assured Destruction, MAD, coinciden en inglés con *mad*, voz que significa «loco», «demente» o «enfurecido». (*N. de la e.*)

hasta erigirse en el líder de la URSS. En tanto que presidente del Consejo de Ministros y primer secretario del Partido Comunista, en la práctica combinaba el cargo de primer ministro con la importantísima dirección del partido y su supremacía en el sistema soviético era absoluta. Jruschov, un antiguo protegido de Stalin (y colaborador en sus purgas), procedente de una familia pobre y con escasa educación, era tosco pero perspicaz. Su afabilidad superficial podía dar paso enseguida a ataques de cólera y amenazas. A mediados de los años cincuenta, Occidente albergó durante breve tiempo la esperanza de que bajo su liderazgo se pudieran entablar mejores relaciones y menos tensas con la Unión Soviética, pero Jruschov tenía un carácter voluble y en materia de asuntos exteriores era menos previsible que Stalin. Esto aumentaba el riesgo de que el conflicto entre las superpotencias pudiera descontrolarse rápidamente.

El estatus de Berlín había seguido siendo una espina clavada tanto para las autoridades de Alemania Oriental como para sus amos de la Unión Soviética. Berlín Occidental era una pequeña isla gobernada por Occidente en un océano controlado por los soviéticos, pero los miembros de las fuerzas ocupantes occidentales tenían derecho a entrar y salir de Berlín Este (del mismo modo que de vez en cuando las patrullas militares soviéticas entraban en Berlín Oeste, ya que, en teoría, toda la ciudad permanecía bajo control de las cuatro potencias ocupantes). Los ciudadanos de Berlín Oriental podían cruzar sin problemas a Berlín Oeste, que funcionaba como un escaparate de un Occidente más próspero. No se limitaban a ir y venir; muchos de ellos se quedaban para buscar trabajo, afincarse y disfrutar del nivel de vida más alto de Alemania Occidental. Entre 1953 y finales de 1956 se marcharon más de un millón y medio de alemanes del Este. Casi medio millón más les siguieron entre 1957 y 1958. Los niveles de salidas no eran compatibles ni con los planes económicos y políticos de las autoridades de Alemania Oriental ni con el mantenimiento de este país como baluarte contra el oeste capitalista. Además de las consideraciones económicas, estaban los acontecimientos recientes: una Alemania Occidental remilitarizada, parte de la OTAN y con armamento nuclear estadounidense en su suelo. Además, Berlín Occidental era un nido de espías y propaganda occidentales (a la que cada vez más berlineses del Este estaban expuestos a diario a través de la televisión que se transmitía desde Berlín Oeste). Jruschov consideró llegado el momento de cuestionar el *statu quo*. Y reabrir la cuestión del estatus de Berlín significaba reabrir la cuestión de la propia Alemania.

El 27 de octubre de 1958, Walter Ulbricht, el dirigente de Alemania Oriental, anunció en un importante discurso que «todo Berlín se encuentra en el territorio de la República Democrática de Alemania» y se halla dentro de

la esfera de su soberanía, lo cual contradecía por completo el estatus de Berlín, una ciudad bajo el control de las cuatro potencias ocupantes. Era evidente que Ulbricht había consultado el discurso con Jruschov, pues solo dos semanas más tarde, el 10 de noviembre, el dirigente soviético declaró en Moscú que había llegado la hora de poner fin a la ocupación de Berlín, y el 27 de noviembre añadió un ultimátum a las potencias occidentales (Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia) para que aceptaran la desmilitarización de Berlín Oriental en el plazo de seis meses y, por consiguiente, el fin del «régimen de ocupación» o se enfrentarían a una acción unilateral de la Unión Soviética y la República Democrática de Alemania para lograr este objetivo. En ese caso, el acuerdo en el que se basaba la ocupación sería considerado inválido.

Obviamente, la aceptación del ultimátum habría debilitado mucho a las potencias occidentales y no solo en Berlín. Sin embargo, se pudo evitar la confrontación gracias a la diplomacia semiconciliadora (sin ceder, en realidad, en nada) por parte de las potencias occidentales y a una invitación del presidente Eisenhower a Jruschov para que visitara Estados Unidos en 1959. El plazo del ultimátum inicial expiró sin que se produjeran incidentes. Y el 15 de septiembre de 1959 Jruschov emprendió una visita de doce días a Estados Unidos durante la que, si bien no consiguió nada sustancial, los dirigentes de las superpotencias tuvieron la oportunidad de encontrarse cara a cara y atemperar un ambiente hasta entonces gélido.

La crisis que se había estado gestando amainó temporalmente. El deterioro de la relaciones con China (que ilustraba el escaso respeto de Mao Zedong por Jruschov) fue una de las razones de que la Unión Soviética se mostrara dispuesta a rebajar la tensión en el centro de Europa. No obstante, esta tensión estaba condenada a reaparecer, ya que continuaba sin resolverse el problema subyacente, la hemorragia a través de la frontera de la población de Alemania Oriental hacia Berlín Occidental. El constante éxodo de ciudadanos hacia Occidente ya había provocado que en 1952 el régimen de Alemania Oriental cerrara la línea de demarcación con la República Federal. Pero la frontera en Berlín no estaba cerrada y continuaba siendo una vía de salida de Alemania del Este para quienes querían entrar en el oeste.

Centenares de alemanes orientales cruzaban por entonces la frontera cada día. En el momento álgido del flujo de refugiados, hasta 2.305 personas cruzaron de Berlín Este a Berlín Oeste en un solo día, el 6 de abril de 1961. La mayoría de los que se marcharon eran jóvenes; muchos eran agricultores que elegían huir de la colectivización de la producción agrícola introducida en junio de 1958; trabajadores cualificados, estudiantes recién graduados y profesionales jóvenes, a los que el estado de Alemania Oriental no se podía permitir perder, también figuraban entre los muchos que partían en busca de una

vida mejor en Alemania Occidental. En 1960, se marcharon unos doscientos mil alemanes orientales. Las cifras amenazaban con aumentar aún más en 1961. Solo en abril de ese año treinta mil personas cruzaron la frontera para siempre. Entre la fundación de la RDA en octubre de 1949 y agosto de 1961, al menos 2,7 millones de alemanes orientales (el 15% de la población) habían pronunciado su veredicto sobre el sistema socialista del Este y se habían trasladado a Alemania Occidental.

Cuando Jruschov y Kennedy se encontraron por primera vez en Viena los días 3 y 4 de junio de 1961, la cuestión de Berlín ocupó un lugar central de sus difíciles deliberaciones. Jruschov se mostró un poco desdenguado con el nuevo e inexperto dirigente de Estados Unidos. Kennedy se había visto perjudicado por el desastre de «Bahía de Cochinos» en abril, una calamitosa invasión patrocinada por la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) cuyo objetivo era derrocar al gobierno comunista de Cuba. Jruschov tomó la iniciativa en la reunión y presentó un nuevo ultimátum: si las potencias occidentales no accedían a convertir Berlín en un «estado libre» y renunciaban a sus derechos de acceso, transferiría todos los derechos de los soviéticos sobre el corredor aéreo entre Berlín Oeste y la República Federal de Alemania a la República Democrática Alemana, obligando así a los aviones occidentales a aterrizar en territorio de la RDA. Kennedy no se dejó intimidar por la bravata del dirigente soviético y planteó la posibilidad de una guerra si Jruschov persistía en sus exigencias.

Varias semanas más tarde, el acuerdo del Consejo de la OTAN de tomar medidas militares para evitar el bloqueo de las rutas de acceso a Berlín Occidental hicieron que Jruschov reconsiderara su opinión inicial sobre la inexistencia de una seria amenaza de guerra. Solo entonces accedió a la propuesta de Ulbricht, formulada ya en marzo en una reunión de representantes del pacto de Varsovia en Moscú, de sellar la frontera entre Berlín Oeste y el territorio de la República Democrática Alemana. (En realidad, los planes de amurallar Berlín Oeste para bloquear la entrada y la salida del Este se remontaban ya a 1952.) El 24 de julio de 1961, el Politburó, el órgano rector del Partido Socialista Unificado de Alemania (PSUA, el Partido Comunista de la RDA) decidió iniciar los preparativos adecuados. A principios de agosto los estados del pacto de Varsovia respaldaron la medida y el día 12 de ese mes Ulbricht dio la orden de cerrar la frontera esa misma medianoche. Al día siguiente, el 13 de agosto la frontera entre Berlín Este y Oeste quedó sellada (primero mediante una alambrada levantada rápidamente, pero pronto con un muro de hormigón de casi cuatro metros de altura y 155 kilómetros de longitud reforzado con torres de vigilancia, campos de minas, perros policía y órdenes de disparar a cualquiera que cruzara la «franja de la muerte» desde

cualquier lado del Muro). Así permanecería durante los veintiocho años siguientes.

La respuesta de Occidente fue tibia. En realidad, a todas las potencias occidentales les convenía sofocar la crisis. Gran Bretaña, una potencia imperial sobrecargada, deseaba reducir los gastos que conllevaba la ocupación en Alemania. Los franceses, igual de sobrecargados, estaban aún menos dispuestos «a morir por Berlín» (como comentó su ministro de Defensa), preocupados como estaban por una grave crisis en su colonia de Argelia. Y los estadounidenses, obviamente la potencia occidental dominante, no tenían ningún interés en una guerra por Berlín. Por tanto, las protestas de Occidente no pasaron de las previsibles reprobaciones, más allá de una muestra simbólica de solidaridad mediante la visita a Berlín Oeste pocos días después del cierre de la frontera del vicepresidente de Estados Unidos, Lyndon B. Johnson, y del antiguo héroe del puente aéreo, el general Lucius D. Clay. No menos simbólico fue el envío de mil quinientos efectivos de combate estadounidenses a la ciudad, a quienes los berlineses occidentales dieron una calurosa bienvenida mientras desfilaban por la avenida principal, la *Kurfürstendamm*.

Las señales procedentes de Washington indicaban que Estados Unidos no se opondría al bloqueo de Berlín Este, siempre y cuando los soviéticos no tomaran medidas para alterar el estatus de Berlín Oeste. A finales de julio, en su alocución televisiva a la ciudadanía, el presidente Kennedy ni siquiera mencionó Berlín ni a su población al hablar sobre las estipulaciones esenciales respecto a Berlín (el derecho de los aliados occidentales a mantener una presencia en la ciudad, el derecho de libre acceso y el derecho de autodeterminación de los berlineses occidentales). Reconoció en cambio las legítimas preocupaciones de seguridad de los soviéticos en Europa central y oriental (aunque, para enfado de Jruschov, también anunció que solicitaría al Congreso la aprobación de otros 3.250 millones de dólares de gasto militar, principalmente para fuerzas convencionales). El presidente comunicó a uno de sus asesores más cercanos que podía mantener unida la alianza occidental para defender Berlín Oeste, «pero no puedo hacer nada para mantener abierto Berlín Este». Y el 30 de julio el presidente del comité de asuntos exteriores del Senado de Estados Unidos, William Fulbright, casi pareció invitar a los alemanes del Este a sellar su frontera al expresar en una entrevista en televisión su opinión de que tenían derecho a hacerlo. Jruschov, que deseaba una guerra tan poco como las potencias occidentales, tenía la salida de la crisis que había iniciado.

El cierre de la frontera el 13 de agosto de 1961 estuvo muy bien calculado. Fue un domingo por la mañana cuando los berlineses descubrieron al

despertarse que trabajadores de Alemania Oriental, vigilados por guardias armados, habían levantado durante la noche una alambrada de púas a través de toda la ciudad. Kennedy no fue informado hasta media mañana, última hora de la tarde en Berlín. Él y sus principales asesores decidieron que, por muy detestable que fuera la barrera, era preferible a la guerra. «No es una solución muy buena, pero un muro es muchísimo mejor que una guerra», declaró Kennedy. El secretario de Estado norteamericano, Dean Rusk, admitió en privado que el cierre de la frontera «haría más fácil llegar a un acuerdo sobre Berlín».

No cabía esperar que las demás potencias occidentales adoptaran una postura más agresiva. El embajador británico en Berlín, sir Christopher Steel, manifestó su sorpresa por que los alemanes orientales hubieran tardado tanto en cerrar la frontera. El comandante francés en Berlín tuvo que esperar instrucciones de París. Era improbable que fueran a llegar de inmediato: la mayor parte del personal del Ministerio de Asuntos Exteriores estaba de vacaciones. Charles de Gaulle, el presidente del país, permaneció impasible en su residencia campestre de Colombey-les-Deux-Églises y no regresó a la capital hasta el 17 de agosto. En Inglaterra, la víspera del cierre de la frontera en Berlín fue el «glorioso doce»: el inicio anual, cada 12 de agosto, de la temporada en que la clase alta británica practica la caza del urogallo; no debía molestar-se al primer ministro Harold Macmillan durante su disfrute en las fincas en Yorkshire de su sobrino, el duque de Devonshire.

Dos meses más tarde, en octubre de 1961, estalló otro foco de tensión en relación con Berlín, causado por la peligrosa e innecesaria escalada de un incidente menor. El origen fue la negativa de un diplomático estadounidense y su esposa a mostrar los pasaportes a los guardias fronterizos de Alemania Oriental y, en consecuencia, se les negó el permiso para cruzar al Este para acudir al teatro. Los estadounidenses respondieron enviando un pelotón de soldados para escoltar al diplomático hasta Berlín Este y, a lo largo de los días siguientes, *jeeps* con soldados empuñando rifles acompañaron a los civiles a través de la frontera, lo que constituía una provocación. El general Clay, un halcón, envió entonces diez tanques estadounidenses al cruce del Checkpoint Charlie. Los soviéticos respondieron alineando sus propios tanques a un centenar de metros de la frontera. En aquella confrontación, el más mínimo chispazo podía poner en peligro la paz mundial, pero nadie deseaba que ocurriera una catástrofe nuclear por una nimiedad, «esta tontería infantil», en palabras de Harold Macmillan. Los líderes de ambos bandos eran conscientes de la necesidad de apaciguar la situación. El presidente Kennedy decidió que ya era suficiente y envió un mensaje a Jruschov (que también tenían poco interés en una nueva escalada) asegurándole que los estadounidenses iguala-

rían cualquier retirada. Tras dieciséis horas de enfrentamiento, ambas partes se retiraron, lentamente al principio, y la crisis se dio por concluida.

Con ello, no solo Berlín, sino también Alemania y Europa dejaron de ser el epicentro de la guerra fría. Quien tuvo que pagar el precio del inmovilismo de las superpotencias en Europa durante casi tres décadas fue la población de Europa oriental, sobre todo los alemanes, pues aunque el Muro rodeaba solo Berlín Oeste, fueron los ciudadanos de la República Democrática Alemana quienes quedaron encerrados, privados de libertad para viajar por el continente, con los medios de comunicación coartados, en muchos casos separados de parientes y amigos, condenados a un régimen muy restrictivo y de vigilancia constante e incapaces de beneficiarse de la rápida mejoría de los niveles de vida de sus compatriotas en el oeste (como podían ver en la televisión occidental).

La afluencia de personas al oeste de detuvo, pues los alemanes orientales que intentaban marcharse corrían el riesgo de perder la vida al tratar de cruzar la frontera. Una de las primeras muertes se produjo poco después de que la conmemoración del primer aniversario de la construcción del Muro hubiera provocado graves disturbios en Berlín Oeste. Peter Fechter, un joven de dieciocho años que el 18 agosto de 1962 intentó huir cerca del Checkpoint Charlie, cayó bajo una lluvia de balas a un metro de la libertad cuando intentaba trepar por la última alambrada de púas antes de llegar a Berlín Oeste. Se dio la circunstancia de que se encontraba allí un equipo de televisión de Alemania Occidental filmando un documental sobre el Muro y gravó la agonía del joven, que gritaba de dolor mientras los guardias fronterizos de Alemania Oriental permanecían en sus puestos sin hacer nada. La cifra oficial de muertes en el Muro en los veintiocho años que estuvo en pie fue de 139 personas (la primera una semana después de su construcción y la última, seis meses antes de su caída), aunque existen otros cálculos mucho más elevados.

Estos fueron los costos humanos más espantosos del Muro. En el ámbito político, el Muro tuvo un efecto tranquilizador. La crisis permanente sobre Berlín, con su potencial para degenerar en una catástrofe nuclear, era intolerable para todas las partes. Nadie deseaba una guerra. El Muro constituía una terrible acusación contra el socialismo de estilo soviético, pero sin él las pérdidas para la economía de Alemania Oriental habrían sido insoportables y habrían socavado el sistema político de la RDA. Y sin Alemania Oriental, todo el bloque oriental de satélites soviéticos estaría en peligro. Es improbable que las autoridades soviéticas hubieran permanecido pasivas. El Muro, aun siendo cínico e inhumano, trajo calma no solo a Alemania, sino a toda Europa central.

No obstante, aún hubo un momento de tensión máxima, la única ocasión en más de cuatro décadas de guerra fría en que el mundo estuvo al borde de la guerra nuclear. Aunque se produjo a miles de kilómetros de distancia, en las proximidades de Cuba, podría haber sumido a Europa en un holocausto nuclear, lo cual demuestra hasta qué punto el conflicto entre las superpotencias se había convertido para entonces en una confrontación mundial.

La crisis se desató cuando en octubre de 1962 Jruschov decidió estacionar misiles nucleares de alcance medio e intermedio en Cuba. Las autoridades estadounidenses siguieron pensando durante la crisis que el asunto de Cuba también estaba vinculado con la cuestión de Berlín, que se trataba de un modo de presionar a Estados Unidos para que cediera sobre Berlín Oeste. En realidad, parece que en efecto fue una razón indirecta de la peligrosa iniciativa de Jruschov, que seguía estando obsesionado con la cuestión alemana y era consciente de que el Muro de Berlín había sido una derrota para el Este socialista y una humillación ante el mundo para el marxismo-leninismo, pero tenía también otros motivos. El impulsivo jefe del Kremlin era plenamente consciente de que la Unión Soviética iba a la zaga de Estados Unidos en cuanto a capacidad de misiles de largo alcance, y sabía muy bien que Estados Unidos tenía en sus bases en Gran Bretaña, Italia y Turquía misiles de alcance intermedio apuntando a la Unión Soviética. Parte de su razonamiento consistía en pagar con la misma moneda a los estadounidenses y darles a probar «un poco de su propia medicina» al exponerlos al temor a misiles apuntándoles y estacionados en las proximidades de su costa. Sin embargo, también parece que a Jruschov le movía asimismo la necesidad que sentía de mantener el prestigio soviético en Cuba (donde se esperaba que Estados Unidos intentara por segunda vez derrocar al dirigente comunista Fidel Castro) e impulsar una revolución más amplia en América Latina.

Cuando a la impactante noticia de que cuarenta y dos misiles nucleares de alcance intermedio iban de camino a Cuba la administración Kennedy respondió el 21 de octubre amenazando con interceptar los buques soviéticos y poniendo a las fuerzas armadas estadounidenses en el máximo nivel de alerta nuclear solo por detrás del de guerra, el mundo estuvo al borde del Armagedón. La política de alto riesgo entre Kennedy y Jruschov duró una semana. Tras varios días en los que la tensión fue insoportable, el 28 de octubre Jruschov acabó dando marcha atrás y ordenó que los misiles regresaran a la Unión Soviética. El mundo entero suspiró aliviado. Los estadounidenses podían atribuirse una victoria (aunque algunos fanáticos del Pentágono lamentaron que no se hubiera recurrido a una intervención militar), pero los soviéticos no se marcharon con las manos del todo vacías. Kennedy se comprometió públicamente a no volver a intentar invadir Cuba y accedió a desmantelar las

bases de misiles en Turquía. En ese momento, parte del acuerdo se mantuvo en secreto porque técnicamente se trataba de bases de la OTAN que Estados Unidos se estaba preparando para desmantelar unilateralmente. Los misiles fueron retirados de Turquía al año siguiente sin que se admitiera que ello guardaba relación con la crisis cubana.

Durante toda la guerra fría, la guerra nuclear nunca estuvo tan cerca como entonces. Nadie podía estar seguro de que jamás volvería a ocurrir. Esta realidad convenció tanto a los líderes estadounidenses como a los soviéticos de la necesidad de poner fin, o al menos limitar, la demencial carrera armamentista. La instalación en 1963 de un «teléfono rojo» entre la Casa Blanca y el Kremlin fue una señal de la voluntad de reducir la tensión en lugar de arriesgarse a una escalada que pudiera desembocar en un conflicto nuclear. El 5 de agosto de 1963, Estados Unidos, la Unión Soviética y Gran Bretaña firmaron en Moscú un tratado de prohibición parcial de los ensayos nucleares que vetaba todas las pruebas excepto las subterráneas. (Francia no lo firmó.) Se trataba de un avance modesto, pero al menos era un comienzo.

Poco más de un año después, en octubre de 1964, Jruschov fue defenestrado mediante un «golpe palaciego» en el Kremlin. Su acción de provocar la crisis de los misiles en Cuba, que se consideró que empañaba la reputación internacional de la Unión Soviética, fue una de las razones de su destitución, así como su autorización para construir el Muro de Berlín. Con la marcha de Jruschov, la guerra fría perdió a un personaje errático, bravucón e impredecible. Le reemplazaron dos nuevos dirigentes soviéticos: Leónidas Breznev como secretario general del Partido Comunista y Alekséi Kosygin como primer ministro. Con el traspaso de poder en el Kremlin arrancaba una nueva etapa de la guerra fría. Habría focos de tensión en el futuro, por supuesto, pero con la construcción del Muro de Berlín, la resolución de la crisis cubana y la defenestración de Jruschov el calor más intenso de la guerra fría se evaporó. Durante algún tiempo, Europa se mantuvo en calma en los asuntos internacionales.

#### VIVIR CON LA BOMBA: ¿MIEDO O FATALISMO?

«Vivíamos todos en una especie de histeria nerviosa», recordaba casi cincuenta años después Eric Hobsbawm, uno de los mejores historiadores de Europa, al reflexionar sobre la «sombra negra de los hongos nucleares». Esta era la percepción de un intelectual, pero ¿hasta qué punto podía aplicarse esta generalización a la masa de ciudadanos europeos? ¿Experimentaba la mayoría de la gente un temor constante y vivía en un estado de «histeria nerviosa»? No son preguntas fáciles de responder.

Tras una generación marcada por la guerra, el derramamiento de sangre, el sufrimiento y la devastación, lo que más anhelaba la mayoría de los ciudadanos europeos, tanto en el este como en el oeste, eran la paz y la «normalidad». Aunque en las décadas anteriores hubo poca «normalidad» de la que hablar, significaba sobre todo retomar unas vidas que giraran en torno a la familia y el trabajo, en unas circunstancias materiales dignas, protegidas de los peores estragos de la pobreza y la inseguridad. A medida que poco a poco los horrores de la segunda guerra mundial se desvanecían y de las ruinas surgían los contornos de una nueva Europa, lo más importante para la gran mayoría de la población eran la seguridad, la estabilidad y la prosperidad. Empezaron a soñar con tiempos mejores. Sin embargo, la posibilidad de una guerra nuclear entre las nuevas potencias que por entonces controlaban Europa y se miraban con ira por encima del Telón de Acero que dividía el continente proyectaba una larga sombra. La capacidad de las armas nucleares para causar una destrucción total dejaba a los europeos en una situación de indefensión. Los ciudadanos de toda Europa (y de otros lugares) tuvieron que aprender a vivir con la bomba. El miedo y el fatalismo coexistían. Había sobrados motivos para ello.

Obviamente, la manera en que la población se adaptó a la nueva realidad de la amenaza a su propia existencia varió en función de las circunstancias personales, las creencias y las convicciones, la clase social, la nacionalidad, la geografía y muchos otros factores. No menos influyó la información que recibieron de los partidos políticos y sus dirigentes, de los medios de comunicación, de comentaristas sociales y de personas influyentes de diversos ámbitos. Pese a las dificultades que conlleva generalizar, parece ser que, paradójicamente, en el momento más peligroso de la confrontación de la guerra fría, entre 1950 y 1962, la oposición a las armas nucleares fue relativamente escasa.

Los movimientos antinucleares eran aún embrionarios durante el período más candente de la guerra fría y no eran capaces de obtener una amplia repercusión popular. En la mayoría de los casos, los gobiernos de Europa occidental tuvieron éxito a la hora de inculcar a los ciudadanos de sus países profundas ideas antisoviéticas y su contrapunto, la creencia en la seguridad proporcionada por Estados Unidos, al que muchos consideraban el salvador de Europa occidental y el garante de su futuro bienestar. Las otras potencias nucleares emergentes, Gran Bretaña y Francia, también se mostraban muy dispuestas a aceptar el efecto disuasorio de la posesión de armas nucleares. Por tanto, exagerando un poco se podría decir que en Europa occidental el temor a las armas nucleares fue en buena medida unilateral. Las armas soviéticas eran una fuente de temor; la OTAN, que en la práctica significaba armas

estadounidenses (y británicas y francesas), era una fuente de seguridad. En los años cincuenta, antiamericanismo que a partir de los años sesenta alimentó un amplio movimiento antinuclear, muy influido por las reacciones a la guerra de Vietnam, desempeñó un papel mucho menor.

El diario personal de Nella Last, una mujer casada y sexagenaria de clase media baja, simpatizante del Partido Conservador y con una vida tranquila en el barrio residencial de Barrow-in-Furness, en el norte de Inglaterra, permite advertir una serie de reacciones a principios de los años cincuenta en Gran Bretaña ante la posibilidad de una guerra nuclear. El día de Año Nuevo de 1950, se sentía deprimida por lo que podía deparar el futuro. Había estado leyendo un artículo en una revista estadounidense que le habían prestado unos amigos en el que se presentaba la guerra como inevitable después de 1951 y sugería que las bombas atómicas eran un tema trivial «en comparación con las bombas biológicas en que se estaba concentrando Rusia». La lectura de periódicos y revistas, las emisiones radiofónicas y las conversaciones con amigos habían determinado y corroborado sus claras opiniones sobre la guerra fría en curso. En mayo, preocupada por la amenaza de las armas atómicas y al oír que en Estocolmo se estaban construyendo «refugios a prueba de bombas atómicas de 21 metros», a Nella le preocupó la posibilidad de que estallara una nueva guerra y reflexionó sobre el género humano sobreviviendo de algún modo bajo tierra. Cuando a finales de junio comenzó la guerra de Corea, tuvo «un horrible presentimiento» de que los acontecimientos que ocurrieran allí podrían «destruir la civilización tal y como la conocemos» y se preguntaba qué poseía Rusia al otro lado del Telón de Acero. Estaba a favor de que Occidente actuara para «acabar con el impulso comunista». Más adelante ese mismo mes, tras recibir instrucción en materia de protección civil y ver como se ajustaban las máscaras de gas, se deprimió al enterarse del efecto devastador que tendría la explosión de una bomba atómica en Barrow y por el pesimismo del hombre que se sentó a su lado, quien comentó: «cuanto antes se acabe, antes dormiremos». «La gente corriente puede hacer muy poco, solo rezar», concluía Nella.

Hacia finales de julio expresaba su premonición de un ensayo de «esta terrible bomba H» y se preguntaba si Estados Unidos arrojaría una bomba atómica en Corea (y añadía que con ello daría a Stalin una causa justa para afirmar que Occidente defendía «la muerte y la mutilación»). Pensaba que una Gran Bretaña débil no podía influir en esta decisión. Y proseguía: «Y si ocurriera una cosa tan espantosa, y Rusia las tiene [bombas atómicas], se desataría un infierno. Un panorama aterrador». La señora Last siguió albergando un «profundo temor al lanzamiento de otra bomba atómica» y veía que las probabilidades de que tal cosa ocurriera iban en aumento sin «ninguna

otra arma contra semejante amenaza». Hacia finales de año «creía que nunca antes en la historia del mundo los hombres o los países se habían enfrentado a una situación tan difícil» ante «la certeza de los planes cuidadosamente trazados por Stalin para adueñarse de Europa y, después de Europa, de todo el mundo». Su temor y su ansiedad respecto a la Unión Soviética no conocían límites. «Al lado de Stalin, Hitler parece un *boy scout*. Él es el Anticristo, no Hitler», escribió.

Sin embargo, la preocupación de Nella Last por la bomba atómica, tan a menudo expresada en 1950, parece haberse disipado cuando terminó la fase más aguda de la guerra de Corea. Tal vez tuviera una mayor conciencia política que muchos de sus contemporáneos británicos, pero quizá sus ideas fueron bastante típicas de su generación y de su clase social cuando el estallido de la guerra de Corea suscitó nuevas inquietudes. No obstante, no está claro si su evidente temor era representativo de las opiniones de sectores más amplios de la población. La izquierda, sin duda, tenía las ideas muy claras sobre el rearme. En marzo de 1952, cincuenta y siete miembros de la oposición parlamentaria laborista se rebelaron contra la dirección del partido y condenaron el programa de rearme británico. En otoño de ese mismo año, Gran Bretaña realizó su primera prueba nuclear y, en la izquierda del Partido Laborista, empezaron a aumentar las vehementes denuncias de la posesión británica de armas nucleares. En 1957, cuando Gran Bretaña probó la bomba de hidrógeno, mucho más devastadora, el Partido Laborista parecía estar a punto de asistir a escisiones en su seno como consecuencia de ello. En la conferencia anual de 1957, se presentaron hasta 127 mociones pidiendo el desarme y hubo vehementes ataques, encabezados por el agitador izquierdista Aneurin Bevan, contra el líder del partido, Hugh Gaitskell, y el apoyo a una disuasión nuclear independiente. Aun así, la cúpula de partido, respaldada por la gran mayoría de sus miembros, siguió oponiéndose rotundamente al desarme nuclear unilateral de Gran Bretaña.

Algunos miembros del clero anglicano también manifestaron su oposición a la capacidad nuclear británica, pero una petición firmada por cincuenta y un religiosos que instaba a los británicos a oponerse a que Gran Bretaña adquiriera la bomba apenas tuvo repercusión. Solo una reducida minoría estaba en contra de que Gran Bretaña se convirtiera en una potencia nuclear. Un ex ministro laborista admitió el desinterés general de la mayoría de la población, más preocupada por los asuntos sociales y económicos. En cuanto a la bomba, había un «encogimiento de hombros colectivo».

Sin duda, la gente creía que la bomba era terrible, pero era mejor tenerla que no tenerla y, en cualquier caso, las personas corrientes poco podían hacer al respecto. No obstante, a finales de los años cincuenta el temor a la bomba y

las peticiones para que Gran Bretaña dejara de poseer armas nucleares fueron en aumento. La sensación de ansiedad fue expresada de manera directa o indirecta en diversas obras literarias y películas, aunque la descripción más desoladora de las consecuencias de un ataque nuclear contra Gran Bretaña, *The War Game* (1965), fue considerada por la BBC demasiado espeluznante para una gran audiencia y se prohibió su emisión.

A finales de los años cincuenta el temor a las armas nucleares había generado las primeras formas organizadas de oposición popular. La Campaña para el Desarme Nuclear (CND, por sus siglas en inglés), fundada en febrero de 1958, contó con el respaldo de una serie de prominentes intelectuales y personalidades de izquierda entre los que figuraban el eminente filósofo y pacifista Bertrand Russell y un conocido sacerdote de la Iglesia de Inglaterra, canónigo de la catedral de San Pablo en Londres y fervoroso pacifista, John Collins. A la reunión inaugural celebrada en Londres al año siguiente, en la que se reclamó el desarme nuclear unilateral de Gran Bretaña, asistieron cinco mil personas, en su mayoría seguidores laboristas. En 1959 contaba con más de 270 delegaciones en toda Gran Bretaña. Un número de personas cada vez más impresionante (se calcula que ciento cincuenta mil en 1962) fue sumándose a la marcha de Pascua que se celebraba cada año desde 1958: la primera de ellas partió de Londres hasta una base de investigación nuclear situada a ochenta kilómetros de distancia, en Aldermaston, y las marchas posteriores hicieron el trayecto inverso. Los participantes eran en su mayoría de clase media y culta, la mayoría de ellos simpatizantes del Partido Laborista, y pertenecían a todos los grupos de edad. Dos terceras partes eran hombres, casi la mitad de ellos cristianos y un porcentaje similar pacifistas incondicionales.

Algunos eran unos idealistas. Dora Russell (la segunda esposa de Bertrand), una acérrima feminista y una destacada activista en temas sociales, en quien la revolución rusa había dejado una huella indeleble, sirvió té a los manifestantes desde la parte trasera de su maltrecha furgoneta de campaña. La marcha de Aldermaston de 1958 le sugirió la idea de establecer contactos con mujeres de Europa del Este y de la Unión Soviética en una iniciativa de paz conjunta. La Caravana de Mujeres por la Paz que organizó a los sesenta y cuatro años (que en realidad consistía en su vieja furgoneta y un camión Ford) incluía a diecinueve mujeres, emprendió un viaje extraordinario durante catorce semanas a través de gran parte de Europa central y oriental y terminó en Moscú, donde las participantes se reunieron con el Comité Soviético de Defensa de la Paz y disfrutaron de una visita autorizada a cooperativas agrícolas. Regresaron a Inglaterra en tren. Sin embargo, muy pocas personas en Londres estaban interesadas en la epopeya que intentaban contar.